

los tragaluces; pero era invierno: en invierno no hay deshielos de nieve; el agua del lago baja y deja al descubierto las rocas, en las cuales ha echado raíces Chillon; él no las vió y se estrelló. Esta es la historia de Cotié.

No queda nada de él más que algunos dibujos hechos con carbon en la pared. Son figuras casi al natural, las cuales no carecen de estilo: un *Cristo* en cruz casi borrado; una *Santa de rodillas*, con su leyenda alrededor de la cabeza en caracteres góticos; un *San Cristóbal*—que yo copié; tú conoces mi manía—y un *San José*. La aventura de Cotié desmiente, con gran sentimiento mio, la tradición *Christofori faciem*, etc. Su *San Cristóbal* no le salvó de muerte violenta.

El tragaluz por donde Miguel Cotié se precipitó estaba enfrente del tercer pilar. En ese pilar escribió Byron su nombre con un viejo punzon con mango de marfil, encontrado en 1436 en la cámara del duque de Saboya por los berneses que libertaron á Bonnivard. El nombre de Byron, grabado en la columna de granito con grandes letras un poco inclinadas, arroja un resplandor extraño en el calabozo.

A medio dia aun estaba en la cripta dibujando el San Cristóbal; levanté los ojos por casualidad y ví que la bóveda era azul. El fenómeno de la gruta de Azur se reprodujo en el subterráneo de Chillon, y el lago de Ginebra no ha salido aquí menos airoso que el Mediterráneo. Tú lo vés, Luis; la naturaleza no olvida á nadie; ella no olvidaba á Bonnivard en su encierro. A medio dia cambiaba el subterráneo en un palacio; tendia por toda la bóveda ese espléndido moaré azul de que te hablaba ahora mismo, y el Lemán servia de cielo raso al calabozo.

Y despues enviaba al prisionero los martin-pescadores, que venian á reir y á jugar en su tragaluz. Los duques de Saboya han desaparecido del castillo de Chillon; los martin-pescadores lo habitan siempre. La horrible cripta no les causa miedo: diríase que están creídos que la han construido para ellos; tanto, que entran atrevidamente por las troneiras y se abrigan en ellas tan pronto del sol como del viento.

Hay siete columnas en la cripta; habia siete calabozos. Las gentes de Berna encontraron en ellos seis prisioneros, entre los cuales estaba Bonnivard, y les dieron libertad á todos, excepto á un asesino llamado Albrignan, que colgaron en el

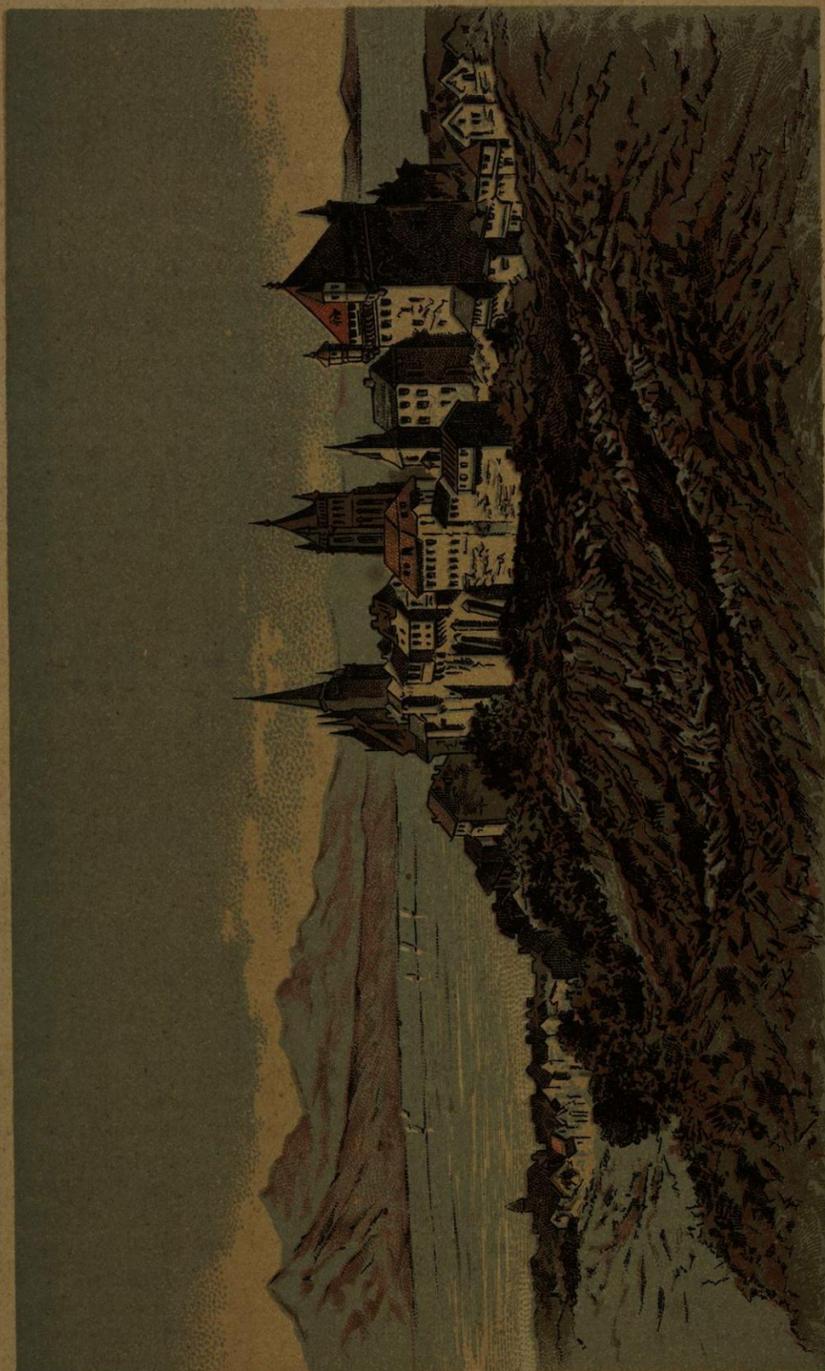
travesaño de la cámara Negra. Es la última vez que sirvió aquel patíbulo.

Cada torre de Chillon podria referir sombrías aventuras. En una me enseñaron tres calabozos superpuestos; se entra en el de arriba por una puerta y en los otros dos por una losa, que se levantaba y se dejaba caer una vez entraba el prisionero. El calabozo de abajo recibia un poco de luz por una claraboya; el calabozo intermedio no tenia aire, ni luz. Hace quince meses se bajó á él con cuerdas y se encontró en el suelo una cama de paja fina, en donde aun estaba señalada la figura de un cuerpo, y aquí y allí huesos humanos. El calabozo superior estaba adornado de esas lúgubres pinturas de prisionero que parecen hechas con sangre. Eran arabescos, flores, blasones, un palacio con el frontis destrozado y al estilo del Renacimiento. Por la claraboya el prisionero podia ver unas pocas hojas y yerba en el foso.

En otra torre, á los pocos pasos que dí en un piso carcomido que amenaza ruina y sobre el cual está prohibido andar, he distinguido por un agujero cuadrado un abismo excavado en la misma masa de la torre; eran los calabozos en que se encerraba antiguamente á los condenados á prision perpétua. Tenian noventa y un piés de profundidad, y el fondo estaba erizado de cuchillos. Allí se encontró un esqueleto dislocado y una vieja manta de pelo de cabra á rayas grises y negras, que estaba echada en un rincon, y sobre la cual puse los piés en tanto que miraba el abismo.

En otra torre habia una cueva rellena. Lord Byron, en 1816, pidió permiso para hacer en ella excavaciones. Se le negó, pretextando dificultades que oponia el arquitecto. Despues se limpió la cueva. Yo baje á ella. Allí estaba la sepultura del duque Pedro de Saboya, que fué uno de los grandes hombres de su tiempo, y al que se le dió el sobrenombre del *pequeño Carlo Magno*—dos palabras que no casan, sea dicho de paso.—El año 1268, el duque Pedro fué bajado con gran pompa á esta cueva. Hoy la tumba y el duque todo ha desaparecido. Yo ví la vieja puerta podrida de la cueva, sin goznes y sin cerradura, apoyada en la pared bajo el soportal de un patio vecino, y no queda ya nada del gran duque Pedro más que la señal cuadrada de la cabecera de su sarcófago, arrancada de la muralla por los berneses.

Este patio vecino era un cementerio, donde muchos grandes señores saboya-



LAUSANNA

nos tenían sus tumbas. Ahora solo queda un poco de yerba y una hiedra muerta alrededor de un poste viejo descarnado.

La capilla no la pude visitar porque está llena de cartuchos. La cámara de los duques está encima de la cueva sepulcral. Los berneses mutilaron los artonados y la convirtieron en un cuerpo de guardia. El humo de las pipas ha ennegrecido el cielo raso de madera con adornos flordelisados y molduras sembradas de cruces de plata. El oso de Berna está pintado en la chimenea. El escudo de armas de Saboya está raspado. Enseñan un agujero en la pared, donde se dice que había un tesoro, y de donde la gente de Berna ha sacado, dando grandes gritos de alegría, preciosas alhajas de plata del duque de Saboya. El hecho es que todos esos maravillosos jarrones de Benvenuto y de Colomb han debido hacer un admirable efecto rodando confundidos en un cuerpo de guardia. Aquí tienes el cuadro. Si tú lo pintases, Luis, sería encantador. La cámara estaba adornada con una bonita alcoba pintada al fresco, y en la que aun se veían algunas piernas y algunos brazos. La ventana es una abertura del siglo quince, finamente esculpida por fuera.

La puerta de esta cámara ducal fué arrancada despues del asalto. Me la han enseñado en una gran sala próxima, donde, entre paréntesis, hay algunas planchas curiosas y una bonita chimenea. Es una puerta de encina maciza, de dos hojas, con corazas machacadas en el yunque. En la parte baja de la puerta hay una abertura redonda en forma de bisel, por la cual pasaba el pico de un falconete. Una bala bernesa agujereó profundamente la armadura de hierro y se detuvo en la encina. Poniendo el dedo en el agujero se toca la bala.

La sala de Justicia está lindando con la cámara ducal. Figúrate una magnífica nave, cubierta con un cielo raso artonado, calentada por una chimenea inmensa, alumbrada por diez ó doce ventanas ojivas trilobuladas del siglo trece y amueblada hoy con cañones, lo que no la desluce. Todas las salas inmediatas están llenas de balas, bombas, obuses y cañones, entre los cuales hay algunos todavía que tienen la buena y monstruosa forma de los últimos siglos. Se distinguen por las puertas entreabiertas esas terribles bocas de cobre que relucen en la sombra.

En el extremo de la sala de Justicia está el cuarto del tormento. Algunos

piés más abajo del cielo raso, un gran madero lo cruza de parte á parte. Yo ví en este madero los tres agujeros por donde pasaba la cuerda de la estrapada.

Esta viga se apoyaba en un pilar de madera coronado de un precioso capitel del siglo catorce, que fué pintado y dorado. La parte baja del pilar, á la cual se ataba al paciente, estaba despedazada por quemaduras negras y profundas. Los instrumentos de tortura, paseándose por el hombre, encontraban de vez en cuando la madera. De aquí esas horribles cicatrices. La sala estaba alumbrada por una bonita ventana ojiva, que descubre un paisaje deslumbrador.

Una cosa hay digna de notar, y es que el castillo de Chillon, aunque rodeado de agua, está preservado completamente de la humedad, hasta tal punto, que se dejan abiertas las ventanas lo mismo en el invierno que en el verano. En la primavera, los pajarillos vienen á hacer sus nidos en la boca de los obuses.

Despues de una visita de tres horas dejé Chillon y regresé á Vevey, y fui á ver nuevamente á Ludlow en su iglesia. A mi modo de ver la Providencia, con gran sentido, ha aproximado la tumba de Ludlow al calabozo de Bonnivard. Un hilo misterioso que atraviesa los acontecimientos de dos siglos liga á estos dos hombres. Bonnivard y Ludlow acariciaban el mismo pensamiento, la emancipacion del espíritu y del pueblo. La reforma de Lutero, á la cual cooperaba Bonnivard, se transformó á los ciento treinta años en la revolucion de Cromwell, en la cual se ensangrentaba Ludlow. Lo que Bonnivard quiso para Ginebra, Ludlow lo quería para Lóndres. Solo que Bonnivard es la idea perseguida y Ludlow es la idea perseguidora; lo que el duque de Saboya hizo con Bonnivard, Ludlow lo devolvió con usura á Carlos I. La historia del pensamiento humano está llena de estos retornos sorprendentes. Ahora bien, y aquí se cierra el magnífico silogismo de la Providencia, cerca de la prision de Bonnivard hacia falta el sepulcro de Ludlow.

Lausanna 22 de Setiembre, á las diez de la noche.

Querido Luis, es en Lausanna donde yo concluyo esta interminable carta. Un viento glacial entra por mi ventana, pero la dejo abierta por amor al lago, que lo veo casi por completo desde aquí. Cosa rara: Vevey es la ciudad más caliente de

Suiza y Lausanna es la más fría. Cuatro leguas separan á Lausanna de Vevey; la Provenza toca con la Siberia.

El año dá un término medio en Paris de ciento cincuenta y un días de lluvia; en Vevey cincuenta y seis. Acoge este dato como te parezca y abre el paraguas.

Lausanna no tiene un monumento que no haya estropeado el mal gusto puritano. Todas las deliciosas fuentes del siglo quince han sido reemplazadas por cipos de granito, desdichados y feos como lo que son. La Casa del Ayuntamiento tiene su atalaya, su techo y sus gárgolas de hierro con muchos adornos, recortado y pintado; pero las ventanas y las puertas han sido retocadas de un modo que dá grima. El viejo castillo de los bailes, cubo de piedra realzado con barbacanas de ladrillo y cuatro torrecillas en los cuatro ángulos, es de un precioso conjunto; pero todos los huecos han sido rehechos, y las contraventanas verdes de Juan Jacobo han sido estúpidamente montadas en las venerables ventanas de cruz de Guillermo de Challant. La catedral es un edificio distinguido de los siglos trece y catorce, pero casi todas las figuras han sido cuidadosamente amputadas: no queda ni un cuadro; no existe ni un vidrio; ha sido revocada de color gris, como el papel de estraza; han vuelto á colocar de nuevo por remate la flecha del campanario del crucero, y han colocado en el campanario de la fachada el gorro puntiagudo del mágico Rothomago. Sin embargo, quedan aun soberbias estatuas en la portada meridional, y, figuritas más ó menos, se ha dejado intacta la deslumbradora puerta de monsieur de Montfaucon, último obispo que tuvo Lausanna. En el interior, me equivoqué, queda un vidrio, el del rosetón. También han respetado un precioso banco de fábrica de la época de la transición, mezcla de gótico florido y del Renacimiento, regalo de ese mismo monsieur de Montfaucon; un gran número de capiteles romanos, de complicación delicada, y algunas tumbas admirables, entre otras las del caballero de Granson, que está tendido en su tumba, con las manos cortadas, habiendo sido vencido en un duelo. Por debajo del caballero, vestido con su cota de malla, he visto la lápida mortuoria de M. de Rebecque, abuelo de Benjamin Constant.

Cuando salí de la iglesia oscurecía y aun pensaba en tí, mi querido pintor. Lausanna es un bloque de casas pinto-

rescas, extendido en dos ó tres colinas, que parten del mismo nudo central y cubierto por la catedral como con una tiara. Yo estaba en la esplanada de la iglesia delante de la fachada, y por decirlo así en la cabeza de la ciudad. Veía el lago por encima de los techos, las montañas por encima del lago, las nubes por encima de las montañas y las estrellas por encima de las nubes. Era como una escalera por donde mi pensamiento subía de escalon en escalon y se agrandaba á cada peldaño. Tú has notado, como yo, que al anochecer las nubes enfriadas se alargan, aplastan y toman la figura de cocodrilos. Uno de esos grandes cocodrilos negros nadaba lentamente en el aire, hacía el Oeste; su cola obstruía un pórtico luminoso construido por las nubes al ponerse el sol; caía de su vientre sobre Ginebra la lluvia envuelta en las brumas; dos ó tres estrellas deslumbrantes salían de su bocaza como chispas. Por debajo de él, el lago, sombrío y metálico, se esparcía por los campos como un charco de plomo fundido. Nubes de humo se arrastraban por los techos de la ciudad. Al Mediodía el horizonte era horrible. No se entreveían más que anchas bases de montañas envueltas y escondidas entre una monstruosa excrecencia de vapores. Esta noche habrá tempestad.

Vuelvo á entrar y te escribo. Preferiría estrecharte la mano y hablarte. Procuro que mi carta sea una especie de ventana por la cual puedes ver lo que yo veo.

Adios, Luis, hasta luego. Tú sabes lo que yo te quiero; quíereme tú del mismo modo.

Estoy seguro que estás haciendo cosas muy bellas; yo pienso en cosas buenas y te las dedico, porque tú figuras en primera línea entre los que amo. Tú lo sabes muy bien, no es verdad?

Dentro de diez días estaré en Paris.

## CONCLUSION.

### I.

Hé aquí de qué manera estaba constituida Europa en la primera mitad del siglo diez y siete, hace poco más de doscientos años.

Seis potencias de primer orden: la Santa Sede, el Sacro Imperio, Francia y

la Gran-Bretaña; después diremos cuáles eran las otras dos.

Ocho potencias de segundo: Venecia, los cantones suizos, las Provincias Unidas, Dinamarca, Suecia, Hungría, Polonia y Moscovia.

Cinco de tercero: Lorena, Saboya, Toscana, Génova y Malta.

Y seis Estados de cuarto: Urbino, Mantua, Módena, Lucca, Ragusa y Ginebra.

Descomponiendo este grupo de veinticinco Estados y reconstituyéndolo según la forma política de cada uno, hallamos cinco monarquías electivas: la Santa Sede, el Sacro Imperio y los reinos de Dinamarca, Hungría y Polonia. Doce monarquías hereditarias: el imperio turco, los reinos de Francia, Gran-Bretaña, España y Suecia; los grandes ducados de Moscovia y de Toscana y los ducados de Lorena, Saboya, Urbino, Mantua y Módena. Siete Repúblicas: las Provincias Unidas, los trece cantones, Venecia, Génova, Lucca, Ragusa y Ginebra, y una especie de República eclesiástica y militar á la vez, que tenía un caballero por obispo y por príncipe, un convento por cuartel, el mar por campo, una isla por abrigo, una galera por armada, la cristiandad por patria, el cristianismo por cliente, la guerra como medio y la civilización por fin, que era Malta.

En esta enumeración de las repúblicas omitimos las que por su insignificancia no son tomadas en consideración; por eso no citamos la de Andorra y de San Marino. La historia no es un microscopio.

Como se acaba de ver, los dos grandes tronos electivos se llamaban *santos*; la Santa Sede y el Santo Imperio.

La primera de las Repúblicas, Venecia, era un Estado de segundo orden. En Venecia el dux era considerado como persona privada y no tenía rango más que de simple duque soberano; fuera de Venecia tenía la consideración de persona pública, era la representación de la misma República y tomaba asiento entre las testas coronadas. Es de notar que no había ninguna República entre las potencias de primer orden, pero sí dos monarquías electivas, Roma y el Imperio, como asimismo es también digno de tenerse en cuenta que no había ninguna monarquía electiva en los Estados de tercero y cuarto orden, y sí había cinco Repúblicas, que eran Malta, Génova, Lucca, Ragusa y Ginebra.

Los cinco monarcas electivos tenían sus facultades limitadas; el Papa por el Sacro Colegio y los Concilios; el empera-

dor por los electores y las Dietas; el rey de Dinamarca por las cinco órdenes del reino; el rey de Hungría por el palatino, que le juzgaba cuando le acusaba el pueblo, y el rey de Polonia por los palatinos, los grandes señores y los diputados de las Dietas.

Las doce monarquías hereditarias, lo mismo las pequeñas que las grandes, eran absolutas, á excepción del rey de la Gran-Bretaña, cuya autoridad estaba limitada por las dos Cámaras del Parlamento, y del rey de Suecia, cuyo trono había sido electivo hasta Gustavo Wasa, y cuyo poder había estado limitado por sus doce consejeros, por los vizcondes del territorio y por la clase media casi soberana en Stockolmo. A estos dos príncipes se les podría hasta cierto punto añadir el rey de Francia, que tenía que contar, muy raras veces, es verdad, con los Estados generales, y algo más frecuentemente con los ocho grandes Parlamentos del reino. Los dos pequeños Parlamentos de Metz y de la baja Navarra apenas se permitían hacer ninguna demostración, pues el rey positivamente no hubiese hecho ningún caso de los ladridos de estos falderillos.

De las ocho Repúblicas, cuatro eran aristocráticas: Venecia, Génova, Ragusa y Malta; tres dominadas por la clase media: las Provincias Unidas, Ginebra y Lucca, y una solo era popular, Suiza. Aun aquí estimábase mucho la nobleza, y había ciertas ciudades donde no se podía ser magistrado sin probar antes el interesado que tenía en su escudo cuatro cuarteles.

Malta estaba gobernada por un gran maestro, cuyo cargo era vitalicio, el cual estaba asistido por ocho bailes conventuales que tenían la gran cruz y sesenta escudos de retribución, y además estaba aconsejado por los grandes priores de las veinte provincias.

Venecia tenía un dux también nombrado vitaliciamente; toda la República vigilaba al dux; el Gran Consejo vigilaba á la República; el Senado vigilaba al Gran Consejo; el Tribunal de los Diez vigilaba al Senado; los tres inquisidores de Estado vigilaban al Tribunal de los Diez, y la boca de bronce denunciaba en caso necesario á los inquisidores de Estado. Todo magistrado veneciano tenía la palidez lívida de un espía espiado. El dux de Génova ejercía el mando dos años, y tenía que contar con las veintiocho familias, teniendo seis casas, con el Consejo de los Cuatrocientos, el Con-

sejo de los Ciento, los ocho gobernadores, el podestá extranjero, los síndicos soberanos, los cónsules, la Rota, la órden de San Jorge y el Consejo de los Cuarenta y cuatro (1). Terminados los dos años se le iba á buscar al palacio ducal y se le conducía á su casa, diciéndole: *Vosstra Serenità ha finito suo tempo. Vostra Eccellenza sene vada á casa*. Ragusa, microcosmo veneciano, especie de excrecencia enfermiza de la vieja Albania adherida á una roca del Adriático, más bien nido de piratas que ciudad de gente hidalga, tenía por príncipe un rector nombrado á la vez de tres modos, por escrutinio, por aclamacion y por suerte. Este raquítrico dux reinaba un mes, y tenía por tutores y vigilantes mientras duraba su autoridad al Gran Consejo, compuesto de todos los nobles, los sesenta pregadi, los once del Consejo Pequeño, los cinco proveedores, los seis cónsules, los cinco jueces, los tres oficiales de la lana, el colegio de los Treinta, los dos camarlangos, los tres tesoreros, los seis capitanes de noche, los tres cancilleres y los gobernadores del territorio: terminada su dominacion recibía por su trabajo cinco ducados. Las siete Provincias Unidas estaban administradas por un stathouder, que se llamaba Orange ó Nassau, algunas veces por dos, y por sus Estados generales, en que tomaban asiento los nobles, las poblaciones importantes y los campesinos de las Ommelandas, siendo excluido el clero en Holanda y la Frisia; Utrech lo admitía. Lucca, que gobernaban los diez y ocho ciudadanos del Consejo de Conferencia, los ciento sesenta del Gran Consejo y el comendador del señorío, asistido de los tres terceros de San Salvador, San Paulino y San Martin, tenía por jefe culminante un gonfalonero elegido por los compromisarios. Los veinticinco mil habitantes formaban una especie de guardia nacional que defendía y pacificaba la ciudad; cien soldados extranjeros guardaban el señorío. El gobierno de Ginebra se reducía á veinticinco senadores. La Dieta general reunida en Berna era la autoridad suprema, de la cual dependían los trece cantones, regidos cada uno separadamente por un landamman (2) ó su avoyer (3).

(1) Llámase de los Cuatros. Este Consejo se denominaba así por haber sido instituido en 1444. Se componía de ocho personas.

(2) Título dado á los jefes de los cantones suizos elegidos por la junta general del canton.—(N. del T.)

(3) Así era llamado el presidente de la República antes de 1848.—(N. del T.)

Estas Repúblicas, como se echa de ver, se diferenciaban en su constitucion. El pueblo no existía en Malta, no figuraba en Venecia, asomaba en Génova, hablaba en Holanda y reinaba en Suiza. Estas dos últimas Repúblicas, Suiza y Holanda, eran federaciones.

Así es como desde el principio del siglo décimo-séptimo, en los veinticinco Estados del grupo europeo, el poder social, de matiz en matiz bajaba ya de la cúspide de las naciones á su base, y había adoptado y practicado todas las formas que la teoría pudo imaginar. Monárquico absoluto en diez Estados; monárquico, pero limitado, en siete; aristocrático en cuatro, de la clase media en tres y completamente popular en uno.

En este grupo, construido por la Providencia, la transición de los Estados monárquicos á los Estados populares era visible. Prueba de ello Polonia, especie de Estado mixto, que tenía á la vez de monarquía la corona de su jefe y de República las prerogativas de sus ciudadanos.

Lo más notable es que en este arreglo de todo un mundo, por no sé qué ley de equilibrio misterioso, las monarquías poderosas protegían á las repúblicas débiles y conservaban, por decirlo así, curiosamente las franquicias de la clase media de entonces, bosquejos de la futura democracia, larvas informes de la libertad. La Providencia cuida en todas partes de los gérmenes. El gran duque de Toscana, vecino de Génova, de muy buena gana se hubiese apoderado de Córcega; y en cuanto á Lucca, estaba tan pegada á su territorio, que tenía casi en el puño á esta mezquina República; pero el rey de España le impedía tocar á Génova y el emperador de Alemania le impedía tocar á Lucca. Ragusa estaba situada entre dos vecinos formidables, Venecia al Occidente y Constantinopla al Oriente. Los ragusanos, inquietados á derecha é izquierda, tuvieron la ocurrencia de ofrecer al Gran Señor catorce zequíes al año; el Gran Señor aceptó, y á contar desde aquel día protegió las franquicias de los ragusanos. En verdad, es un hecho extraño el que ofrece una ciudad comprando la libertad al sultan, pero los resultados fueron más extraños todavía. De vez en cuando Venecia rugía en direccion á Ragusa, pero el sultan la contenía con una voz; la poderosa República quería devorar á la pequeña y un déspota lo impedía.

Singular espectáculo! Un lobezno ame-

nazado por una loba y defendido por un tigre.

El Sacro-Imperio, corazon de la Europa, estaba compuesto como la Europa, que parecía reflejarse en él. En la época á que nos referimos, noventa y ocho Estados formaban esa vasta aglomeracion que se llamaba el imperio de Alemania y se ponían á disposicion del emperador; en estos noventa y ocho Estados estaban representadas sin escepcion todas las formas políticas de gobierno que se reproducen en Europa en más grande escala. Había las soberanías hereditarias, á la cabeza de las cuales colocaban un archiducado, el Austria, y un reino, la Bohemia; las soberanías electivas y vitalicias, entre las cuales, los tres electorados eclesiásticos del Rhin ocupaban el primer rango; en fin, había setenta ciudades libres, es decir, Repúblicas.

El emperador entonces, como emperador, no tenía más que siete millones de renta. Verdad es que la extraordinaria era considerable y que, como archiducado de Austria y rey de Bohemia, era muy rico. Solo de Alsacia, Suavia y los Grisones, donde la casa de Austria tenía bajo su jurisdiccion catorce comunidades, sacaba cinco millones de renta. No obstante, aunque el jefe del cuerpo germánico tuviese en apariencia poca renta, el imperio de Alemania en el siglo diez y siete era inmenso. Por el Norte se extendía hasta el Báltico, por el Oeste hasta el Océano y por el Mediterráneo hasta el Adriático. Lindaba con el imperio otomano desde Knin hasta Szolnock, con Hungría por Boszormeny, con Polonia desde Munkacz hasta Lauemburg, con dinamarca por Reuburg, con Holanda por Groningue, con Flandes por Aix-la-Chapelle, con Suiza por Constanza, con Lombardía y Venecia por Roveredo, y pellizcaba la Francia de hoy por Alsacia.

Italia estaba tan bien construida como podría estarlo el Sacro-Imperio. Cuando se examinan siglo por siglo esas grandes transformaciones históricas de pueblos y Estados, se descubren á cada paso mil soldaduras delicadas, mil cinceladuras ingeniosas hechas por la mano de la Providencia, de tal manera, que se acaba por admirar un continente como una obra de platería primorosamente trabajada.

Italia, menos grande y menos poderosa que Alemania, gracias á su sol está más despierta, más removida y en apariencia con más señales de vida. La red

de los intereses está de tal modo tejida, que no puede jamás romperse ni desenredarse. De aquí ese equilibrio perpétuo y admirable, esa continua intriga de todos contra uno y de cada uno contra todos; movimiento de hombres y de ideas, que circula como la misma vida en todas las venas de Italia.

El duque de Saboya, situado en la montaña, era un fuerte y poderoso señor, marqués de Suza, de Cleves y de Saluces, conde de Niza y de Maurienne, y tenía un millon de oro de renta. Tenía por aliados á los suizos, que deseaban una vecindad tranquila; á Francia, que lo necesitaba para hacer frente á los príncipes de Italia, y que había pagado su amistad con el marquesado de Saluces; á la casa de Austria, á la que podía abrir ó cerrar el paso de sus tropas en el caso que las hiciese marchar del Milanesado á los Paises-Bajos, que no son muy apacibles y saben sacudir el polvo, como decía Mazarino; en fin, era aliado de los príncipes de Alemania por descender de la casa de Sajonia. Parapetado, pues, en esta cuádruple alianza, parecía inexpugnable; pero como tenía tres pretensiones, una sobre Ginebra contra la República, otra sobre Montferrato contra el duque de Mantua y la tercera sobre la Acaya contra la Sublime Puerta, la política tenía estos tres puntos vulnerables para inclinarle á veces á un lado ó á otro.

El gran duque de Toscana tenía un país que se llamaba el *Estado de hierro*, una frontera de fortalezas y otra frontera de montañas, un millon quinientos mil escudos de renta, diez millones de oro en las arcas del Tesoro y otros dos de joyas, quinientos soldados de caballería, treinta y ocho mil de infantería, doce galeras, cinco galeotas y dos galeones; su arsenal en Pisa, su puerto militar en la isla de Elba y su horno de galletas en Liorna. Era aliado de la casa de Austria por los enlaces que los unían y del duque de Mantua por parentesco; pero Córcega le embrollaba con Génova, la cuestion de los límites con el duque de Urbino, menor que él, y los celos con el duque de Saboya, mayor que él. El defecto de sus montañas consistía en estar abiertas por el lado del Papa; el defecto de sus fortalezas estribaba en ser fortalezas de guerra civil, más útiles para defenderse contra el pueblo que contra el extranjero, y el defecto de su autoridad se fundaba en que estaba asentada sobre tres antiguas Repúblicas, Florencia, Suiza y Pisa, fundidas y condensa-

das en una monarquía. El duque de Mantua era Gonzaga: además de Mantua, ciudad muy fuerte, edificada antes que Troya, y en la que no se puede entrar más que por puentes, tenía sesenta y cinco ciudades, quinientos mil escudos de renta y la mejor caballería de Italia; pero como marqués de Montferrato sentía el peso del duque de Saboya. El duque de Módena era Este; poseía Módena y Reggio; pero como duque pretendiente de Ferrara sentía el peso del Papa. El duque de Urbino era Montefeltro; sus dominios tenían de extensión sesenta millas de longitud y treinta y cinco de latitud; abrazaba un poco de la Umbría y otro poco de las Marcas, y comprendía siete ciudades, trescientos castillos y mil doscientos soldados aguerridos; pero como vecino de Ancona sentía el poder del Papa, al que pagaba anualmente dos mil doscientos cuarenta escudos. En el mismo centro de Italia, en un Estado de forma rara que corta la Península en dos como una banda de color, residía el Papa, del cual quizás bosquejemos más adelante en detalle el poder como príncipe temporal. El Papa tenía en su mano derecha las llaves del Paraíso, lo que no le impedía tener en su mano izquierda la llave de la Italia inferior, Gaeta. Independientemente del Estado de la Iglesia, era soberano y señor directo de los reinos de Nápoles y Sicilia, de los ducados de Urbino y de Parma, y hasta Enrique VIII había recibido el homenaje de los reyes bretones por Inglaterra é Irlanda. Era tanto más señor en Italia cuanto que Nápoles y Milán tenían ausente al rey. Su grandeza moral era inmensa. Respetado de cerca, venerado de lejos; confiriendo sin rebajar las dignidades iguales á las dignidades reales; coronando á sus cardenales con ese exámetro altanero: *Principibus præstant et regibus aequiparantur*, pudiendo dar sin menoscabo, recompensar sin hacer gastos y castigar sin provocar la guerra; gobernaba todas las princesas de la cristiandad con la Rosa de oro, que le suponía un gasto de doscientos treinta escudos, y todos los príncipes con la Espada de oro, que le suponía doscientos cuarenta; y para hacer arrodillar humildemente á los emperadores de Alemania, los cuales podían poner en pié de guerra doscientos mil hombres, lo que representa hoy un millón de soldados, bastaba que les mostrase las gorras y los plumeros de su guardia suiza, que le costaba doscientos escudos al año.

Al Norte de Europa vegetaban en la penumbra polar dos monarquías, demasiado alejadas en apariencia para agitar el centro. Esto no obstante, en el siglo diez y seis, á petición de Enrique II, Christiern II, rey de Dinamarca, pudo enviar á Escocia diez mil soldados en cien buques. Suecia tenía treinta y dos regimientos de infantería, de setecientos hombres cada uno; trece compañías ordinarias de caballería, cincuenta velas en tiempo de paz, setenta en tiempo de guerra, y recaudaba todos los años siete talegas de oro, cerca de cien mil thalers, el Tesoro real. Suecia pareció poco brillante hasta el día en que Carlos XII resumió toda su luz en un relámpago deslumbrador.

En esta época la Francia militar hablaba gordo en Europa, pero la Francia literaria tartamudeaba todavía. Inglaterra, para las naciones del continente, no era más que una gran isla amagada de un principio oscuro de perturbaciones interiores. Suiza—aquí está su mancha á los ojos del historiador—vendía los ejércitos á quien se le antojaba. El que escribe estas líneas visitaba, hace algunos años, el arsenal de Lucerna. Admirando los vidrios del siglo diez y seis, que el Senado lucernés ha consentido que se los llevase un rentista extranjero, mediante mil francos por rosetón, llegó á una isla en la que su guía le enseñó dos cosas; un grosero chaqueton de montañés al lado de una pica, y un magnífico casacon galoneado de oro al lado de una alabarda. El chaqueton basto era el traje de los aldeanos de Sempach; el casacon galoneado era el uniforme de la guardia suiza del emperador de Alemania. El visitador se detuvo ante esta triste y sorprendente antítesis. Ese harapo popular, ese desecho imperial, ese sayo de pastor, esa librea de lacayo, eran toda la gloria y toda la vergüenza de un pueblo colgadas en dos clavos.

Viajeros extranjeros que recorrian también el arsenal de Lucerna exclamaron, al pasar junto al autor de este libro: *¿Qué hace esa alabarda al lado de esa pica?* Y no pudo menos de contestar: Completa la historia de Suiza (1).

(1) Las recriminaciones generales de la historia admiten siempre restricciones individuales. Es preciso circunscribir la severidad para mantenerse en lo justo y en lo verdadero. Sin contradicción, y á pesar de todos los motivos de economía política fundados en un exceso de población que se hubiese distribuido más honrosamente en emigraciones ó en colonias, sin contradicción, esas ventas de ejércitos hechas por un pueblo libre á todos los despotismos que tenían necesidad de soldados, son una cosa inmoral y vergonzosa. Esto era, repitámoslo, transformar

El bosquejo que se puede hacer en su espíritu de la Europa de esta época no sería completo si no se imaginase al Norte, en el crepúsculo de un invierno eterno, una extraña figura sentada, un poco más acá del Don, en la frontera del Asia. Ese fantasma, que ocupaba las imaginaciones en el siglo diez y siete como un génio, mitad dios, mitad príncipe, de las *Mil y una noches*, se llamaba el gran knez de Moscovia.

Este personaje, más pronto asiático que europeo, más pronto fabuloso que real, reinaba en un vasto país periódicamente despoblado por las correrías de los tártaros. El rey de Polonia tenía la Rusia Negra, es decir, la tierra; él tenía la Rusia Blanca, es decir, la nieve. Se referían ciertos relatos y cien cuentos de él en los salones de París, y extasiándose todos en las sextillas de Benserade á Julia d'Augennes, se preguntaban por variar la conversacion si estaba bien probado que el gran knez pudiese poner en campaña trescientos mil caballos. La cifra parecía quimérica, y los que la declaraban imposible traían á la memoria que Estéban, rey de Polonia, entró victorioso en Moscovia y estuvo á punto de conquistarla con sesenta mil hombres, y que en 1560 el rey de Mongul fué á Moscou con ochenta mil caballos y quemó dicha ciudad. *El knez es muy rico*, escribía madame Pilon; *él es señor y dueño absoluto de todas las cosas. Sus súbditos cazan pieles. Toma para sí las mejores y las más caras y se adjudica la porción que es de su agrado*. Los príncipes de Europa, por curiosidad más aun que por política, enviaban al knez embajadas casi irónicas. Era la época en que el emperador de Alemania le daba al rey de Polonia solamente el

los ciudadanos en condottieri, un hombre libre en lansknecht, el uniforme en librea. Desgraciadamente es una verdad tener que decir que en el siglo diez y siete, y hasta en el siglo diez y ocho, el traje militar de los suizos que estipulaban estas convenciones tenía ese aspecto. Triste es igualmente decir que la palabra *suizo*, que despierta en el espíritu una idea de independencia, pueda despertar también una idea de servidumbre. Aun tenemos el *suizo* de los hoteles y el *suizo* de las catedrales. *Me hizo venir de Amiens para ser suizo*. Pero sería inútil extender la reprobacion que provoca un hecho de nación, considerado en su conjunto, á todos los individuos, por lo regular respetables y puros, que han participado de este hecho ó lo han sufrido. Apresurémonos á proclamar que bajo esta librea han habitado allí héroes. Los suizos, incluso los mismos pactados, han sido con frecuencia sublimes. Despues de haber vendido sus servicios, que podían compararse, han dado su desinterés, que no podía pagarse. Abstraccion hecha del origen enfadoso de las convenciones militares, bajo cierto punto de vista histórico, que el autor de este libro está lejos de repudiar, los suizos, por ejemplo, estuvieron admirables en las Tullerías. Bello es sin duda que la nación que dió la primera en Europa su sangre por la libertad naciente, diese la última por la dignidad real moribunda, y bajo este punto de vista el 10 de Agosto de 1792 no es indigno del 17 de Noviembre de 1307.

título de Serenísimo, y en que el marqués de Brandeburgo tenía por honra insigne ser archi-chambelan del imperio. Felipe Pernistiern, que el emperador envió á Moscou para adquirir noticias ciertas de lo que allí pasaba, volvió espantado de la corona del knez, que excedía en valor, segun sus informes, á las cuatro coronas reunidas del Papa, del rey de Francia, del rey Católico y del emperador. Su ropaje estaba sembrado todo de diamantes, rubies, esmeraldas y otras piedras gruesas como avellanas. Pernistiern trajo como presente al emperador de Alemania ocho cuarentenas de zoboles y martas cibelinas, que cada una fué estimada en Viena en doscientas libras. Añadía por otra parte que los circasianos de las cinco montañas eran un gran estorbo para este príncipe. Apreciaba que la infantería moscovita ascendería á veinte mil hombres. Sea lo que fuere de estas narraciones orientales, era una distraccion para Europa, ocupada entonces en tan grandes guerras, escuchar de vez en cuando el divertido y lejano choque de espadas que producía en su rincón el knez de Moscovia al cruzar sus armas con el precop, príncipe de los tártaros.

Se tenían ideas muy inciertas sobre su poder y su fuerza. Respecto á él, más alejado que el rey de Polonia, más alejado que el rey de Hungría, majestad de cabeza rasa y de mostachos largos; más alejado que el gran duque de Lithuania, príncipe ya demasiado salvaje para determinarse á mirarlo, vestido con una pelliza y cubierto con un gorro de pieles, se le apercibía con bastante claridad, inmóvil en una especie de púlpito-trono, entre la imagen de Jesús y la imagen de la Virgen, con su báculo y mitra, las manos llenas de anillos, vestido con un largo ropaje blanco como el Papa y rodeado de hombres cubiertos de oro de la cabeza á los piés. Cuando los embajadores europeos estaban en sus Estados cambiaba todos los días de mitra para desvanecerlos.

Más allá de la Moscovia y del gran knez, en mayor alejamiento y en menos luz, se podía distinguir un país inmenso, en el centro del cual brillaba en la sombra el lago de Caniclu lleno de perlas, y donde hormigueaban, cambiando entre ellos monedas de corteza de árbol y de conchas del mar, mujeres acicaladas, vestidas como la tierra no cultivada, de negro en verano y de blanco en invierno, y hombres vestidos de pieles humanas, arrancadas á sus enemigos muertos. En